

Prudencio Iglesias

LA ESPAÑA TRAGICA

DESDE PEDRO ROMERO HASTA BELMONTE



Opiniones de

LUIS MAZZANTINI

acerca de los grandes toreros actuales

LA ESPAÑA TRAGICA

17

PRUDENCIO IGLESIAS

LA ESPAÑA
≡ TRAGICA ≡

DESDE PEDRO ROMERO HASTA BELMONTE

PRÓLOGO DE
LUIS MAZZANTINI

Recuerdos de su vida.—Opiniones del rey del
volapié acerca de los héroes actuales del toreo.

MADRID
IMPRESA DE JUAN PUEYO
Mesonero Romanos, 34

1913
+

Dedicatoria

A la memoria de

Alejandro Sawa

A aquel loco genial, bueno como un niño y malo como un pobre, espléndidamente dotado de las más altas y encontradas virtudes y vicios; estilista más formidable que existió jamás en lengua humana; no con el respeto inconsciente que á todos nos merece la tumba, sino con la veneración espantada que profesé siempre á aquel cerebro desquiciado y genial, le dedico mi libro.

El nombre de Alejandro Sawa forma para mí una música lejana que me da escalofríos.

Aquel ciego, mielítico y hambriento á quien escuché diariamente durante los dos últimos años trágicos de su vida, fué el único hombre de genio que yo he tratado. La incorrección moral, el impulso sin reflexión, la ira, la tempestad, pero siempre el genio.

Ni Costa, ni Cajal, ni Pi... nadie. El genio era aquello—un genio del mal á ratos—un genio roto por los riñones, sin guía, sin voluntad, sin método. Un genio loco que al comprenderse incapaz de disciplinarse, se desesperaba y mordía, como un lobo rabioso, todo lo existente, Grande como Hugo, Contradictorio, deslumbrante

DEDICATORIA

y peligroso como su hermano gemelo
Benvenuto.

¡Aquél sí que era Alejandro el
Grande, tan grande, por lo menos, como
el Macedonio!

Bien. ¿y qué hizo?

Nada. Leed el epitafio formidable
de Manuel Machado.

Certificado de garantía.

Señor don Prudencio Iglesias. Mi distinguido señor: Estoy encantado. Refleja usted como un espejo la imagen de mi pensamiento en el transcurso de la conversación que el otro día sostuvimos. La información que ha tenido usted la bondad de leerme y salvando, naturalmente, los elogios excesivos que en ella me prodiga, podría firmarla yo.

¿Le basta á usted esto como “certificado de garantía“?

Le saluda muy afectuosamente,

Luis Mazzantini.

Madrid 15 de Junio de 1913.

LUIS MAZZANTINI

VEINTICINCO AÑOS DE MATADOR DE TOROS



El rey del volapié.—Recuerdos de su vida.—Sus opiniones sobre los héroes actuales del toreo.

Si el busto del griego Antinoo, en vez de representar á un hombre de veinticinco años, representase á un hombre de cincuenta, podría llevar debajo: Luis Mazzantini.

La figura del famoso lidiador tiene todos los prestigios físicos de Roma. Es legendaria la elegancia con que este hombre viste el frac como un gran señor inglés ó un príncipe de las casas de Italia; pero esos hombros estatuarios y el cuello de columna sienten la nostalgia de la clámide de Roma.

Por su figura imponente hubiera sido el senador encargado de detener á Sergio Catilina en su camino de los Alpes. Por su bravura, por su aspecto hercúleo, por algo que tiene en los ojos este hombre que contempló tres mil quinientas veces la muerte cara á cara, hubiera atravesado las llanuras de Roma, allá en la antigüedad, para restituir á su patria á Coriolano.

Yo tengo la convicción de que en Mazzantini hay un gran actor.

No un trágico genial á lo Zacconi, sino un artista armónico y decorativo á lo Novelli.

La gama de gestos de este hombre es de lo más interesante. Su voz es suave, sin detonaciones de mal gusto, sin más riqueza de registros que los naturales. Habla con sencillez inclinándose hacia su interlocutor en un sillón enorme de su despacho. Tiene una pierna cruzada bajo el muslo contrario. Habla de arte, de literatura, de ciencia; su inteligencia

y su cultura son de una orientación absolutamente moderna, joven.

Todo el mundo ha creído—incluso él mismo—que la cultura de Mazzantini es extraordinaria... extraordinaria para un torero. Sin embargo, con una frase sola, pronunciada incidentalmente por este matador de toros, les voy á demostrar á ustedes que la cultura de Mazzantini tiene una base profunda que sorprende.

En un párrafo en que el ilustre torero habla de Galdós, de Benavente, de Baroja... como grandes escritores y negativos oradores, dice de repente:

—Pero vea usted: donde esta imposible dualidad se manifiesta con más fuerza es en Castelar, aquel orador de antologías pero escritor detestable...

La conversación sigue en esta atmósfera serena. De pronto se habla de toros. El hércules se recoge como un tigre. Da un salto á un metro de su diván á la alfombra; yergue su figura estatuaria;

corriendo el pie izquierdo ante la mesa suntuosa de su despacho, señala un volapié que tiene todos los prestigios de vérselo ejecutar al rey del género.

No es posible dejar de pensar en tal momento que el hombre que tenemos delante ha ganado en las plazas de España por ejecutar *de verdad* el mismo gesto, cinco millones de pesetas.

Mazzantini es un italiano. La boca, los gestos, la cortesía son de puro abolengo de Italia.

En ningún momento parece un torero ese hombre que recibe en su despacho envuelto en una enorme bata inglesa y con un cuello blanco y ahuecado de camisa blanda que es casi un cuello de gran walona.

Este hombre es un banquero, un gran cómico, un Lord del Almirantazgo. Sin embargo, esas manos se han cruzado en el aire sobre el pecho para matar tres mil quinientos toros que llevan la unción entre las astas.

—¿Ha tenido usted miedo muchas veces en la plaza?

—He tenido miedo... toreando. Siempre he estado tranquilo á la hora de matar. Esto demuestra que he dominado mejor lo difícil que lo fácil.

—¿Por qué le llaman á usted el rey del volapie?

—Porque lo fui.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—*El Tato*. Voy á explicale á usted cómo me lo dijo.—Los toreros de antes eran de una solemne cortesía española, á cuyos cánones no faltan jamás. Cuando un torero llegaba á Madrid, á Córdoba, á Sevilla... los toreros de la localidad inmediatamente lo visitaban. Un día llegué yo á Sevilla, y en el mismo día apareció en el hotel *el Tato*. Hablando, hablando, me dijo el viejo matador inutilizado "Mira, hijo mío, *Costillares* inventó el volapié y yo lo practiqué mejor que nadie. Pero tú das volapiés mejor que *Costillares* y que *el Tato*."

—Mire usted—me dice Mazzantini, sujetándome por un brazo—, yo no considero matador al que no da, como yo lo dí, el volapié en las tablas.

Veinte años, veinte años de práctica en una profesión—dice Mazzantini— considero yo necesarios para conceder á alguien el título de eminencia. Hay dos cosas en la torería de hoy—hablo en general—que me repugnan particularmente: los doctorados infantiles y los apodos. Rafael Guerra fué el que marcó la degeneración en esto con su apodo de *Guerrita*. Desde aquí fueron pocos los *itos* y los *illos* del idioma castellano para que se los colgaran los toreros como caireles.

—Dígame usted algo del Guerra.

—Un torero completo: un fenómeno, sino estuviera desacreditado el calificativo. Y un hombre de verdad. Y un estupendo financiero. Un talento natural muy grande.

En la plaza, me recuerda mucho al

lidiador de Córdoba, Joselito, ese niño precoz, como Mozart, que á los diez y ocho años hace faenas monumentales como la del 1.º de Junio en Madrid. Ese muchacho es el torero del porvenir.

—¿Y Belmonte?

—La emoción constante. *El Espartero*.

Rafael Gallo es un artista personalísimo; pero da á las corridas una nota de función acrobática que no me gusta. ¿Banderillas al trapecio? Pero el que pone banderillas de ese modo, ¿quién es: un torero ó un juglar?

Mire usted, en general, hoy está de moda el toreo; se juega con los toros como en ninguna época, pero no se mata. No hay matadores. Vicente Pastor—el mejor de esta época, cuando no da el salto al entrar—se está maleando; *Machaquito* en decadencia. Hoy la monotonía en los quites es abrumadora; quites bonitos, vistosos, en general sin peligro y casi siempre ineficaces. ¿Dónde están aquellas largas de *Lagartijo*?

—¿A cargo de qué torero consta en la historia mayor número de toros muertos?

—*Lagartijo* figura en las estadísticas en primer lugar; después *Mazzantini*; después *Frascuolo*.

Cambiando el disco repentinamente le pregunto como un balazo á *Mazzantini*:

—A su juicio, ¿cuál es el hombre más grande de España?

—Cajal—responde el torero sin una vacilación.

—¿Y de Francia?—insisto.

—Doyen.

—¿Y del mundo?—concluyo.

Mazzantini se recoge un momento y responde:

—Edison.

—Según eso, le interesan á usted los hombres que se dedican á salvar de la muerte á sus semejantes.

—Es claro—me responde *Mazzantini*.—La humanidad lo que más ama es

su vida: alargarla, defenderla, inmuni-
zarla, si fuera posible... esa es la labor
del apóstol, respetable, santa.

El rey del volapié dijo esto con toda
sencillez apoyado en la mesa de su des-
pacho, sin pensar quizá en las veces que
a muerte le había rozado los alamares
en la plaza.

Me perfilo con el hombro derecho,
alzo el brazo y disparo de nuevo sobre
el torero ilustre:

—¿El literato español que usted pre-
fiere?

Mazzantini se recoge un momento:

—Benavente... Valle Inclán...

—¿Literatos extranjeros?

—Materlink. D'Annunzio es un far-
sante. Me permito creer que no tiene la
importancia que le dan.

—Si no hubiera sido usted torero,
¿qué hubiera usted querido ser?

—Abogado—me dice Mazzantini.

—No es eso—le interrumpo sorpren-
dido.

—Abogado—vuelve á afirmar Mazzantini.

En vista de esto no insisto para que él no insista tampoco en su gesto de mal gusto.

—¿Recuerda usted la mejor época de su vida?

Mazzantini, contemplando el retrato de su mujer, no me contesta.

—¿Y la peor época?—le pregunto.

—Oh; aquella en que me dediqué á los bajos menesteres de la política.

Esto lo dice el torero con asco, con verdadero aristocratismo que lo salva de aquellas horas de error ante las aventuras de la recomendación y la intriga.

Realmente es incomprensible aquel coqueteo irreflexivo del lidiador prestigioso y popular que recibió bajo la gloria del sol, injurias y ovaciones de los públicos de España. ¡Mazzantini concejal!

Concejal, alcalde, lo es cualquiera.

La vida intensa y policroma de un

gladiador moderno no se aviene con los aranceles de consumos, ni con el brujuleo, ni las piraterías de antecámara.

—¿Tiene usted muchas cosas que contarle al público?

—Sí, señor. Tengo planeadas mis memorias.

—¿Quiere usted ponerle un prólogo á un libro mío titulado LA ESPAÑA TRÁGICA?

—Sí, señor. Con unas líneas mías que sirvan de certificado de garantía, esta misma conversación nuestra puede servir de prólogo. De este modo no rompo la virginidad de mi futuro libro de memorias.

—Diga usted, señor Mazzantini, ¿quién mataba más y mejor, usted ó *Frascuero*?

—*Frascuero* era más matador que yo. Yo practicaba el volapié más limpiamente que él.

—¿Cuánto pesa usted?

—Ciento cinco quilos. He toreado pesando ciento diez.

—Con ese peso, ¿saltaba usted fácilmente la barrera?

—Como un escalón. Pero Juan Molina ha pesado más que yo.

—¿Y *Cara-ancha*?

—*Cara-ancha* no era hombre de mucho peso. Aunque sí de volumen.

—¿Habrá usted sido el torero más fuerte de todas las épocas?

—Seguramente.

De mi conversación con Luis Mazzantini estoy sacando las observaciones siguientes:

Espléndidamente dotado, en este hombre hay un formidable vencedor: hubiera conquistado el oro dedicado á las tareas más altas y distintas de la lucha humana.

Como fué un gran torero hubiera sido un gran actor, ya lo he dicho.

Además, en este hombre hay un escritor formidable de instinto altruista y un organizador.

En su cara, en sus gestos, en sus afir-

maciones hay el secreto del que siempre triunfa. En su manera de enfocar las cuestiones se ve en este hombre un instinto sorprendente de novelista.

Mazzantini cuando se recoge un momento para pensar, tiene la armonía de masas del gladiador descansando: *Il Pensierosso* de Miguel Angel; *El pensador* de Rodin.

—Tiene gracia—dice el hombre admirable que descansa en un sillón delante de mí.—Tiene gracia. Cuando fui elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid, un corresponsal italiano comunicó la noticia á su periódico, añadiendo el siguiente comentario de extrañeza:

—¿Cossa fara il Mazzantini al Municipio?

El rey del volapié telegrafió inmediatamente al periódico de Roma, contestando en italiano.

—Mazzantini hará en el Municipio lo que otro ciudadano cualquiera que, además, no haya sido torero.

Mazzantini, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid, hizo un labor digna de él: honrada, científica, europea.

Le valió alabanzas de Moret, de Amalio Gimeno... Aquella labor innovadora le valió la merma de su popularidad, como es natural, entre las infelices clases bajas.

En el despacho de Mazzantini hay un retrato de Crispi, y otro de Moret, dedicado cariñosamente por los dos estadistas al ilustre torero.

— De actores y cantantes, ¿qué me dice usted, señor Mazzantini?

— ¡Oh! en mi niñez conocí á Rossi. Luego, Vico y Zacconi, Calvo y Novelty. Los grandes tenores de mi tiempo, Gyarre, Massini, Stagno...

— ¿Y Titta Ruffo?— le pregunto.

— Gran actor, gran cantante, aunque á veces canturrea. Cantantes formidables, Maurell, Lasalle...

— ¿Cuántas cogidas ha tenido usted?

— Diez.

—¿Muy graves?

—Cuatro, nada más.

—¿Recuerda usted el gesto de *Espartero* para el dolor?

—Aquel gesto... de inconsciencia... Aquella sonrisa... un rictus quizá... En la vida social *Espartero* era lo mismo que en la plaza, algo inconsciente, pero muy bueno.

—¿Y *Reverte*?

—No tan bueno, quizá.

—Dígame usted algo de Fuentes.

—El torero de más mérito que conozco. Inútil como está, en cuanto le sale un toro suave, lo torea y lo mata mejor que cualquier eminencia.

—¿Tiene usted un tipo de torero de su admiración?

—Sí, señor. El *Chiclanero*; guiándome, claro está, por lo que cuentan las crónicas.

—¿Qué opina usted de *Bombita*?

—Emilio era más matador que Ricardo. Pero éste mata todo lo que salga del toril.

—¿Trató usted á Shara Bernard en la Habana?

—Sí, señor. Y la he visitado siempre que he ido á París. La gran trágica es una antigua amiga, respetada y querida.

—¿Conserva usted el traje y el estoque de su última tarde de torero?

—No, señor. La historia del estoque es muy interesante: se la contaré á usted luego. La del traje es más rápida. Verá usted:

Titta Ruffo me dijo un día que *vestía* la ópera *Carmen* con un traje de *toreador* que le habian hecho ¡en San Pettersburgo! —Pues estarás bonito—le conte. —Si tú siguieras toreando—me dijo Titta—me regalarías uno de tus trajes. —¡Oh! no importa nada—le interrumpí. —Yo te regalaré el traje que vestí el día de mi retirada. —¡Será posible! ¡Oh! yo lo conservaré en una vitrina. —Nada de vitrinas. El traje lo usarás.

—Y en efecto—dice Mazzantini dirigiéndose á mí.—Le regalé el traje. Se lo

llevamos al sastre de los toreros, que lo dejó, bajo mi dirección, á la moda del año 23; y hoy Titta Ruffo viste magistralmente el personaje por esos mundos.

—¿Y el estoque? ¿Quién lo tiene?—le pregunté.

—El ex rey don Manuel de Braganza.

Iba á mandárselo á su padre el rey don Carlos — después de obtener su aceptación, manifestada al conde de San Luis—cuando se recibió en Madrid el primer telegrama de la tragedia do Terreiro do Paço.

—Cuénteme usted cosas de príncipes y majestades.

—Una, muy interesante, referente á los reyes de España. Verá usted:

Recién casado el rey de España. La hermosa soberana, bajo la impresión de la bomba de Morral. Se inauguraba un barrio obrero. S. M. la Reina me hacía el honor de atender unas explicaciones que yo iba dando. De pronto el rey me

dijo que señalara á la reina la cifra de toros que había matado.

—Tres mil quinientos, señora.

Nuestra soberana hizo un gesto. Me incliné.

Sin embargo, la fiesta no es tan bárbara como dicen. Sólo sufrí diez cogidas y de ellas cuatro graves. Y el espectáculo es espléndido; sin rival en el mundo.

—¿Siente usted entusiasmo?—le pregunté á Mazzantini.

—Sí, señor.

—¿Y nostalgias?

—También.

—¡Aquel episodio romántico de su vida!—le dije al ilustre lidiador.—¡Aque-lla coleta cortada ante el cadáver de la mujer que gozó y sufrió de la vida y el amor con el gladiador en peligro! ¡Aque-lla pulsera!... Es un episodio de gran belleza sentimental.

Mazzantini calla unos momentos. De repente me dice lentamente sin mirarme:

—Voy á contarle á usted una cosa que no sabe nadie, porque á nadie se la conté.

Yo me casé á los veintidós años, siendo empleado de los ferrocarriles de España. Aquella santa mujer creyó que iba á vivir tranquila al lado de su marido, jefe de una estación. Pero el sino hizo de mí... lo que fuí. Después de veinticinco años de vivir del peligro se muere mi Concepción. Me retiro de los toros.

Y aquí viene la confidencia. La insistencia de los amigos, los consejos de los toreros me hicieron vacilar. Dudé. Pensé en volver quizá. De repente, una crónica suprema de Kasabal me hirió en el corazón; y allí se cuajó mi decisión irrevocable de no volver á torear.

Mazzantini hace un gesto, levanta el brazo, é instintivamente hace ademán de peinarse de la nuca á la frente una coleta imaginaria.



Los aventureros españoles.



I

Los conquistadores de Flandes y América.— Los bandidos generosos.— Los toreros.

Nadie puede ofenderse si digo que la fraternidad de la raza se realiza, como en ningún otro caso, en el tipo de los conquistadores de Flandes y América, los bandidos generosos y los toreros.

Me refiero al bandido ejemplar cuya historia, limpia de sangre y con el prestigio ornamental de la bravura, la gallardía y el desprendimiento, ofrece sus páginas á nuestra bárbara admiración.

Para nadie es un secreto que tú y yo, lector, admiramos á los bandoleros.

La ley en todos los tiempos ha sido y es distinta para los ricos y para los pobres.

Alzarse contra ella es una labor meritoria; la obra es completa si á ella se añade el prestigio de la belleza, realizada en su vida por el ladrón del gran mundo ó por el aventurero trabucaire.

Luis Candelas fué llamado el rey de los ladrones, y Diego Corrientes, el rey de los caballistas. Los dos eran generosos y valientes; desconocían la crueldad y la traición; amaban el peligro fieramente; el prestigio popular los rodeaba y se hallaban dotados de las mejores cualidades del histórico aventurero español conquistador de tierras, y de los gladiadores modernos, los toreros.

Cada raza obedece á su ley; mientras dura esa obediencia, el pueblo es fuerte y se ocupa, sin saberlo, en escribir las páginas mejores de su historia. En el momento que unos cuantos espíritus cultivados é innovadores abiertos á la cien-

cia extranjera logren que se tambalee el principio ancestral de una raza, la raza muere sin remedio.

Obligad á Nákens no sólo á que use corbata, sino frac y chisterola; ordenadle á Cajal que sea elegantito y circunspecto; haced que Benavente no ensaye el *flin-flan* con pirueta á las tres de la madrugada en la Puerta del Sol; prohibidle á Luis Bonafoux que en una crónica suya, después de tres atisbos geniales, una verdad simplificada á lo Tácito y un rasgo magistral de descriptor y colorista, termine con una mueca grotesca de intermedio de circo; decidle al zapatero de Zuloaga que no le haga zapatos como locomotoras, si el más grande pintor hoy del mundo tiene cada pie como un navío y tira, al andar, cada bandazo que causaríá expectación entre los distinguidos cargadores del muelle de Alejandría...

Obligad á estos señores á que pongan á tono el carácter con el cerebro. ¿No son europeos por el pensamiento y la

voluntad? ¡Pues que lo sean también en los modales! No puede ser ni debe ser, hombre. Tienen de la patria española lo pintoresco, lo contradictorio, lo incorrecto.

Cajal sale de su laboratorio, que tiene teléfono directo con Berlín, Nueva York, París y Londres. Sube por la calle solitaria de Alfonso XII y se va, más derecho que una vela — yo lo he visto—, á presenciar el desfile del público de los toros. La gente en romería inmensa pasa, volviendo la cabeza hacia el sitio donde se destaca el rostro inexpresivo de D. Santiago.

El caudal de peatones corre sólo por las riberas. Por el álveo, entre coches de todas clases, ruedan las jardineras de los toreros. Y D. Santiago, como todo el mundo, contempla á aquellos muñecos de colores que son el espíritu bravo, aventurero, brutal y generoso de la raza: todo lo malo ó lo bueno, como queráis; pero lo clásico, lo inevitable, lo nuestro.

Atacar esto es un emobismo. España es eso.

*
* *

Los aventureros de Flandes. Los conquistadores de América...

Lo estupendo de muchos de estos hombres era que, jóvenes aún, se retiraban á la vida de sus casas solariegas después de dejar por el mundo unos cuantos hijos naturales y de ganar para el escudo de su linaje cuarteles. Indias, españolas y flamencas, enamoradas y engañadas. Galeones cargados de tesoros. Otumba y La Noche triste. El saqueo de Gante, Amberes... Un eclipse de aquel sol que no se ponía nunca. Resplandores rápidos é intermitentes.

¡Lástima que la organización general moderna no admita ni aun temporalmente la vida contra la ley del "caballista"! Este simpático aventurero fué el último jirón, con grandeza, de la España pinturera, noble, temeraria, conquistadora:

una de las tempestades más arrolladoras que descargó un día sobre la tierra.

El tipo del "caballista" simpático es Diego Corrientes. El borroso es Juan Sala Serrallonga, y José María, Pedro Becerra.

Repugnantes, odiosos: Juan Caballero, Zamarra, Caparrota, Cristóbal Navarro; Castilleja; el Manco de Castro del Río; el Padre Veritas, el Bando; Larrambla, Zafarraya y el Garibaldino; Carifancho; el Aperador y Artacho; el Renegado, Los Siete Niños de Ecija, Jaime el Barbudo, los Trabucaires del Pirineo, los Secuestradores y la Mano Negra.

El único capaz de darle un prestigio sólido y admirable á la historia de los bandidos españoles, es el rey de los ladrones: Luis Candelas.

*
* *

A centenares pueden contarse los rasgos de desprendimiento de Luis Candelas. En la psicología morbosa y desconcertante de aquel hombre se estudia la apa-

rición habitual de un impulso que le obligaba á efectuar actos de abnegación. Luis Candelas no fué siempre un ladrón. En cierta época, muy corta de su vida, Candelas fué empleado público en Alicante. Era el tiempo de los secuestros en Cataluña. Los secuestradores habían extendido su campo hacia el Sur. Valencia y Alicante estaban atemorizadas.

.....

Un hombre joven, gallardo y rubio, paseaba, en un atardecer, por el camino de Elche. En un recodo de la carretera, frente á una colina como la avanzada de unos montes lejanos, una pareja de viejos descansaba sobre una gran piedra. Lloraban.

La hora, la soledad... El paseante se dirigió á los dos viejos:

—¿Por qué lloran ustedes? Aquí está un hombre que puede servir de algo.

Los viejos se defendían, sin decir la causa de su dolor. El caminante apretaba con un empeño extraño.

De pronto exclamó:

—A la edad de ustedes sólo puede llorarse así por una cosa. A un hijo de ustedes le ha ocurrido una desgracia.

Los viejos alzaron la cabeza con el asombro de ver descubierta la verdad.

—Sí, señor. Esa gente sin ley me han secuestrado una hija. Aquí traemos quince mil reales para rescatarla.

—¿Los han citado aquí los bandidos?

—Sí, señor.

—¿De quién es la partida?

—No sabemos.

—Pues no hay que apurarse. Cuenten ustedes ya con su hija.

En la sombra del camino apareció un jinete.

El caminante avanzó. Sin detenerse ante el jaltol ni el trabuco, con los brazos en cruz llegó al pretal del caballo.

—¿Vienes por el dinero?

—Sí—contestó el bandido.

—Pues llévame ante tu jefe.

—“Echa” delante.

—Te advierto que va á ser mucho espolique para tan poco bandido. Será mejor que le digas á tu capitán que hay aquí un general que desea verlo.

Llegó el capitán de los caballistas. Salió de un bosquecillo de palmeras medio talado á machete. Se detuvo ante quien lo buscaba.

—¿Qué me quieres?—preguntó.

—Conocerte. Tú eres Ramonet, el caballista.

—¿Y tú quién eres?—preguntó el famoso bandido del Maestrazgo.

—Llama á tu gente, que ante todos quiero descubrirme.

Formaron los caballistas un círculo inmenso.

Hubo un silencio. El desconocido, dando el rostro á la luna, quitóse, con ademán de Flandes, el amplio sombrero jerezano.

—¡Luis Candelas!—gritó casi á una voz el círculo de bandoleros.

La temerosa pareja de ancianos, en el

camino oyeron, temblando, las aclamaciones que salían del bosque de palmeras.

Al poco rato, la doncella secuestrada, temblorosa como una oveja, volvía indemne á los brazos de sus padres, rescatada por el sólo prestigio del rey de los ladrones, Luis Candelas.

.....
Un acto semejante á éste fué realizado en Ronda por el señor Pedro Romero.

Conocido es de todo el mundo la anécdota de Candelas con el burro viejo de un leñador.

Esta misma escena se repitió en la sierra de Córdoba, en Sierra Morena, siendo el protagonista *Lagartijo* el Grande.

*
* *

La historia del bandolerismo necesita un cantor á lo Carducci.

Mientras este caballero aparece, repasemos la historia de los grandes caudillos, á ver si hay algún bandolero español que desmerezca al lado de aquéllos.

Para mí es más respetable la memoria de Diego Corrientes que la del Duque de Alba.

La querida de Candelas era honrada, abnegada y leal; lo que no fué Isabel de Inglaterra. Y cualquiera de estos bandidos, amigos nuestros, se jugaba la cabeza con tanta bravura y lealtad como Alvaro de Bazán, por ejemplo.

A todos estos héroes, en la Historia, los separa la ley.

A la ley le tenemos miedo.

Y sí títulos y honores de linajes se han ganado, generalmente, por... riñones, en el territorio de mis estados imaginarios queda instituido el gran ducado de Luis Candelas.



Los rapsodas.-La Prensa



**De Espejo á Montilla.—Las
hazañas de los toreros.—Los
cronistas taurinos.**

Hay en Córdoba un viejo, al que yo le oí decir lo siguiente: “El día que conocí á Diego Corrientes, en el camino de Espejo á Montilla...”

Después de esto, el anciano hablaba del caballista con entusiasmo.

Pintaba la figura de Diego, plantado en medio de la carretera con el trabuco echado á la cara, intimando la rendición del enorme coche-góndola.

—Yo, que iba á espaldas del cochero, en el cabriolé—decía el viejo—, oí el griterío de los viajeros. El postillón dominó el tumulto, gritando: “No hay que asustarse, señores; es Diego Corrientes.

El caballista picó el caballo. Metiendo detrás del trabuco el rostro clásico con las patillas de hacha, dijo sonriendo:

—A aflojar la mosca, señores. Aquí no se le hace daño á nadie, á no ser que alguien quiera najarse. Mucho juicio, que no quiero volaros á todos de un trabucazo la cabeza.

Diego Corrientes robó solamente á dos viajeros: un cura, que llevaba unos miles de reales en una bolsa pegada al cuerpo, y un notario, que iba á comprar tierras á Montilla y que había decidido hacer el viaje de día, con la seguridad casi de no ser asaltado.

El cura aflojó pronto. Al notario hubo que darle un culatazo en la cabeza para que soltara la sangre de Cristo: el dinero.

Diego socorrió al cochero, un viejo castizo, que llevaba vintinueve años conduciendo diligencias; pidió perdón á las damas por la molestia; se ofreció cortésmente á los hombres, incluso al cura

y al notario desvalijados, y nos despidió á todos como un padre, viéndonos partir, erguido sobre su caballo, desde el medio de la carretera.

Es curioso robar en un camino, jugándose la cabeza, para socorrer allí mismo á un viejo trabajador, y no negar nunca auxilio metálico en las carreteras á los mendigos caminantes.

Las hazañas más interesantes de los caballistas las cuentan los viejos rapsodas. De igual modo que las estupendas hazañas de los toreros antiguos las contaban, en algún pueblo de Andalucía, esos pobres viejos centenarios que, por un olvido de la Muerte, podían decir á sus bisnietos, ya mozuelos:

—Yo vi al señor Pedro Romero, con setenta años á costas, matar un toro de una estocada recibiendo. Conocí á Napoleón Bonaparte. En el Prado de Madrid vi á Joaquín Murat, rabioso, partir su sable en el aire al verse toreado por un chispero, que le daba recortes al ca-

ballo del mariscal con más limpieza que *El Chiclanero*.

Los rapsodas murieron. Hoy las hazañas de los toreros las cuenta la Prensa.

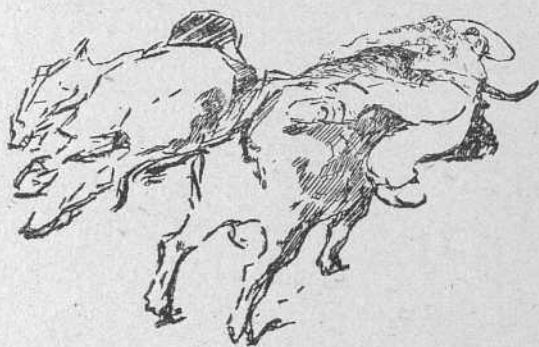
El relato de las corridas de toros se hace en los periódicos con extensión, sí, pero de un modo seco. No es necesario señalar honrosas excepciones, para que así nadie se ofenda.

Las noticias de la fiesta de los toros son constantes y numerosas, pero, en general, de una sequedad que no se hermana con la grandeza de la tragedia. Se habla á todas horas de los toreros; pero es señalada la ocasión en que lo relatado es una de esas hazañas en las cuales, sin teatralismos, palpita la arteria aorta de la raza. Sin embargo, yo he leído alguna vez relatos espartanos. Esto demuestra que la raza torera no ha degenerado. Los periodistas tampoco son los culpables de esta falta de grandeza que comento. La rapidez moderna, la necesidad de dar al público, inmediatamente, noti-

cias y reseñas, hacen que éstas sean, por lo general, desnudas como páramos. Y exigir que los cronistas taurinos escribieran, repentizando, con grandeza y concisión, sería tanto como lanzarlos á patear la sepultura de Tácito.

En general, el periodista es un historiador que no descansa. El historiador tiene sobre el periodista dos factores supremos de ventaja: el tiempo y la serenidad. Claro es que el periodista tiene á su vez sobre el historiador la ventaja de la emoción del momento. Esto da lugar á veces á relámpagos geniales, que, si dispusieran de tiempo para cuajarse, inmortalizarían, en más de una ocasión, al que los siente.

Tácito, historiador de los hechos que ante su vista se desarrollaron, es un periodista que no muere.





Los espadas, banderilleros y peones del Arte; la Literatura y el periodismo españoles contemporáneos. — La frase del “Espartero”.— Los advenedizos.— Los maestros.

Luis Bonafoux es el tipo del periodista moderno. Es el hombre que ha nacido para más. Su instinto formidable de historiador hace que sus crónicas rápidas y cortantes sean como gritos de la conciencia que no se rinde. Suprime los razonamientos escalonados, y da la conclusión. Para esto hace falta el cerebro poderoso que él tiene. De no ser periodista, Bonafoux hubiera sido un historiador, cuyos huesos no hubiera dejado tranquilos en la tumba la posteridad. Tiene concisión de cirujano. Hubiera sido un her-

mano de los cirujanos geniales Doyen y Albarrán.

Su independencia salvaje; su espinazo de substancia extraña, que no se dobla; artista supremo de la risa brutal, de la miseria y de la carroña; poeta que tiene el pudor de ocultar su tristeza con una mueca...

Luis Bonafoux, en la trayectoria amplia, precisa y limpia de su juicio, es el historiador más formidable que tiene hoy la raza.

Manuel Bueno es un ciudadano de poca importancia, porque ha nacido en España. Parece mentira que esa cara y esa figura de tenor bilbaíno correspondan a un espíritu tan rebelde y tan moderno, a un cerebro tan fuerte.

Físicamente, Manuel Bueno es un *pollillo*. Por dentro es un gladiador de las ideas. Uno de los capítulos más fuertes, y desde luego el más rotundo y justo que se ha escrito contra la inviolable vetustez española, lo firma ese hombre en el

Heraldo de Madrid, al día siguiente del estreno por Carmen Cobeña de *La carrera de la antorcha*, de Paul Hervien. Los viejos encanallados tienen bien redactado su epitafio. Esperemos con ansia la hora de dejar caer la lápida sobre la boca de la sepultura; y comprendamos la grandeza del gesto de ese gran escritor, cuando bien desinteresadamente nos grita:

—A ver, muchachos. Estoy deseando que paséis.

Es lástima que lá vida haya obligado á Manuel Bueno á relajarse con el trato bastardo de políticos inferiores. Este gran cerebro, mal pagado en la tierra donde nació, no tuvo más remedio que coquetear con los espíritus plebeyos. Con un poco de serenidad se hubiera ahorrado la claudicación.

A un bruto no se le engaña.

Tiene impulsividades brutales, tiene rebeldías inesperadas, tiene demasiado talento Manuel Bueno para fingir sumi-

sión. El enemigo terrible de los hombres como Manuel Bueno es el siguiente: esa voz misteriosa que ataca en un momento de sinceridad morbosa, en la Cámara de diputados, en el despacho del ministerio, en la oscuridad de la alcoba, velando la calentura de un hijo enfermo... voz que al personaje de quien se espera algo le dice implacablemente:

—¿Tú crees que Manuel Bueno te admira? No es posible. Ese hombre no te respeta siquiera. Fíjate en su inquietud espiritual, en el vuelo de su talento, que lo lleva muy á menudo á parajes donde tú no podrías respirar.

Témele, sin embargo. El talento tiene prestigios que tú no puedes negar. Atiéndelo... pero únicamente para que te deje en paz. Por esto, los hombres como Manuel Bueno, cuando claudican y se echan á navegar por las aguas podridas de la política, no obtienen nada en compensación. Favores minúsculos que no aseguran el porvenir.

La política es una profesión bastarda. La política es para esos espíritus de sacristán, capaces de entregarse sinceramente á sus hermanos afortunados.

Manuel Bueno es un crítico inmenso, de una potencia cerebral que sujeta y enseña siempre; pero Manuel Bueno tiene un defecto de origen—¡perdón!—que lo reducirá á la nada: sufre el error culpable de haber nacido español.

La vida de Manuel Bueno me interesa, porque es una enseñanza para mí y para todos los hombres de mi edad y mi profesión.

Baroja es un espíritu anecdótico muy interesante. Es un novelista que, á pesar de sus flojedades cerebrales—algunas veces—y el cansancio que en mitad de una página le acomete, prohibiéndole acabar en *línea de parábola* el salto que magistralmente señaló, es un novelista que enseña, que abre horizontes, que sugiere, que entretiene y que obliga á leer hasta el final. Sin trascendentalismos,

dice cada atrocidad que enciende el pelo.

Es como Manuel Bueno, un espíritu rebelde y generoso; y aunque el crítico es—yo creo—muy superior al novelista, pienso que Baroja y Bueno no han formado en las filas de sublevados del anarquismo por dos razones que, aunque son contrarias, son las mismas.

Del anarquismo viene Azorín: Ese hombre, que tuvo un talento casi monstruoso en su primera edad literaria, y que hoy, embrutecido, no hace más que prosa pesada y repugnante, prosa que, al elevarse un poco, no logra más que sugerir levemente al gran Azorín de hace unos años.

Estos hombres que, así en la plenitud de su vida, se quiebran por la cintura y no vuelven á ofrecernos el espectáculo confortador de sus ejercicios atléticos hechos con profunda naturalidad, merecen la horca. Una estafa espiritual es un crimen. El artista debe ser un mártir de sus creyentes. Como lo es el torero.

Noel, monstruoso de genio en Africa; imbécil en sus erróneos é interesados coqueteos políticos; heroico en sus conferencias antitaurinas; grande, á veces, en sus artículos contra toreros y aficionados; pero generalmente pesado, dormido, desde sus relampagueantes artículos de Africa... Eugenio Noel es otro que se va.

Este, como Azorín, viene á reforzar nuestra teoría respecto del despertar del talento: el que surge como un cohete, en general está irremisiblemente perdido, Trae consigo un solo relámpago original; lo da y desaparece con él.

Noel, con sus crónicas africanas; Azorín, con las suyas parlamentarias y un libro *Mezquita y sus presos, Raurich y sus pantanos*; Oliver, con su Muralla mal construída, pero con unas cuantas escenas estupendas para acreditar á un hombre de la Neña; *Bienvenida*, con aquellos pases naturales que dió en Madrid una sola tarde, ante la estupefacción de ca-

torce mil bárbaros que lo admirábamos... Todos estos señores se fueron para no volver. Unos, los más frailunamente hábiles, tienen para comer; otros, tienen que zurcirse y remendarse en casa la entropierna de los pantalones.

En cambio, ahí tenéis los luchadores, los que empezaron por banderilleros y se impusieron en pelea paso á paso: Benavente, Zuloaga, Rafael Guerra... los grandes; los que son los amos *en lo* suyo.

La vida sin pelea, no es vida. Todo artista debe enorgullecerse de los golpes rudos que reciba en la lucha diaria de la juventud. Después... con el respeto llega la tristeza, creo yo.

La crítica negativa, implacable, es la que da fuerzas para trabajar.

El artista fuerte siente la necesidad absoluta de la crítica negativa.

Y esa otra crítica de los impotentes, la crítica del vacío, del silencio, es, sin duda, la que mejor contrasta, la que con mayor fuerza espolea las condiciones de

excepción del desconocido que avanza.

El artista solo, abandonado, combatido por el silencio y la indiferencia, si logra vencer serenamente el estupor que esto le cause, esté seguro de que avanza hacia el desarrollo y el dominio completo de sus facultades.

Entre los inéditos que más crueles martirios sufren, están los toreros.

La frase del *Espartero*, moribundo de una cornada, es el poema trágico de esos aventureros: "Más cornás da el hambre".

Hay otra legión de aventureros que sufren también incansablemente en sus primeros tiempos: los periodistas.

Y ya que ha llegado la hora, vamos á manifestar nuestro desprecio rápidamente á dos clases de explotadores del periódico, que especialmente me repugnan: el periodista advenedizo sin escrúpulo, sin talento y sin cultura que con el numerario de cualquiera funda un periódico-lotería, con cupón de reclamo para el público; y el periodista sin vértebras,

imitador de Azorín, por ejemplo, sacristán por cálculo, cantor de Maura tras el acta, y cursi como un lacayo gallego, rico por robo y herencia.

La fortaleza moral de ciertos maestros del periodismo puede servirnos de brújula: el retraimiento voluntario por aristocratismo espiritual y por el hábito noble de pensar á solas de Alfredo Vicenti; la austeridad espartana de Castrovido; el profundo desinterés de Moya; aquel gesto de suprema elegancia de Rocamora en un *blokaus* de Africa, gesto de espiritualidad que justificaría por sí solo un puesto desde el cual hubiera que dirigir á la juventud ó á la opinión; Rocamora es un entendimiento y una conciencia; el ilustre maestro Antonio Palomero; Cristóbal de Castro y López Alarcón en la epopeya castellana con Gerineldo... cien más...

España en pintura y periodismo está á la altura de la primer nación del globo: Francia, Inglaterra, Norte-América.

**Las escuelas de la tau-
romaquia.**



Las escuelas de Ronda y Sevilla-Córdoba y Chiciana.— Una frase para el "Gallo" y Belmonte.— Napoleón.— Leonardo y Byron.— Nerón y El Galileo.— Desde Pedro Romero al "Tato" y el "Gordito".

Las escuelas de Ronda y Sevilla.

Pedro Romero y José Cándido son, como dice el ilustre Peña y Goñi, los fundadores de las escuelas rondeña y sevillana.

Discípulos de Pedro Romero son: Jerónimo José Cándido, Francisco Montes, el *Chiclanero*, Cayetano Sanz y Manuel Domínguez.

Discípulos de José Cándido son: Cos-

tillares, Pepe-Hillo, Curro Guillén, Cúchares, el Tato y el Gordito.

Los lidiadores de la escuela de Ronda son los que torear *preferentemente* de cintura para arriba. La escuela sevillana más movida, más... espiritual, si me consienten decirlo, es la que permite adornos y figuras y alegrías que pueden prestar entusiasmos de visualidad más llamativos á la fiesta dotada de mayor riqueza decorativa que inventaron los hombres.

Entre el *Gallo*, ese genio aplicado al toreo, y Belmonte, ese asombro de sangre fría que cruzará, por su desgracia, como una estrella filante por las plazas de España, habrá siempre una diferencia fundamental que pasará á las Historias de los circos taurinos. Yo vi una tarde al *Gallo* rematar un farol entre las astas y quedó ante mí la visión de una flor monstruosa, de un globo rojo encendido y abierto bajo la gloria del sol.

Vi una tarde dar tres verónicas con el

tronco y la base inmóvil á Belmonte, y tuve miedo en el tendido.

El arte y la emoción. Sin que yo quiera decir que donde hay una cosa no hay otra, ni mucho menos. El toreo se parece á la vida en que en los dos se lucha contra la muerte. Y se puede luchar preferentemente con arte, ó antes que todo, con bravura.

He aquí, con permiso de ustedes, el secreto de todas las escuelas del toreo, como de todos los sistemas de lucha por la vida. Apliquemos luego estas dos clases de lucha, únicas en el mundo, á los diferentes temperamentos, y tendremos: en la guerra, á Napoleón, que derrochaba los hombres, y á Molke que planeaba las batallas pensando siempre en ahorrar vidas; Leonardo que era el genio y el equilibrio, y lord Byron, el genio y la locura; Cristo y los Césares romanos, es decir, Nerón y El Galileo; podréis encarnar los dos extremos de la oratoria en el mundo en Pí y Margall y Jaurés,

etcétera. Un compendio de todos los supremos antagonismos es Benvenuto Cellini; pero como esto es un caso aislado, original y único, como el valle de la Orotava en Europa, tendremos que acudir siempre á los temperamentos para explicar las escuelas enemigas.

Por este medio se puede explicar la razón de la primera competencia taurina: Pedro Romero, *Costillares* y *Pepe-Hillo*.

En el toreo es donde con mayor fuerza se ve el sello personal del hombre: una escuela nace con un lidiador y con él muere. Pedro Romero es la cumbre de Ronda.

De esa escuela espartana de Ronda no mueren en la arena Pedro Romero ni uno solo de los suyos. De la escuela de Sevilla mueren en las astas *Pepe-Hillo* y Curro Guillén; de las astas sale inutilizado el *Tato*.

Desde el año 1820 á 1832 nada ocurre digno de mención en el circo taurino.

Desde Curro Guillén salta la historia hasta Francisco Montes; y este lidiador colosal, para el que no hubo competidor posible, es el que traza todas las cifras del renacimiento del arte de los toros.

La segunda competencia famosa está á cargo de *Cúchares* y el *Chiclanero*. Pero la admiración de los públicos se rinde, al fin, á la serenidad estatuaría, á la bravura heroica del *Chiclanero*.

Después llegan Cayetano Sanz y Manuel Domínguez. Luego, las luchas sin cuartel entre los partidarios del *Tato* y el *Gordito*.

Por último, las batallas mayor tiempo prolongadas entre lagartijistas y frascuelistas, que dividieron en dos porciones el solar de España.

En este rápido sumario de las escuelas y las competencias por respeto no debe olvidarse que Velázquez y Sánchez descubrió la escuela de Chiclana fundada por Montes y José Redondo; y Pérez de Guzmán, porque le dió la gana, *fundó*

la escuela cordobesa del Califa *Lagartijo*.

Llevan, por tanto, las escuelas del toreo los nombres sonoros de Ronda y Sevilla, Córdoba y Chiclana.



**“Lagartijo” y “Fras-
cuelo”.**



Uno de los conquistadores de Breda.—“Lagartijo”.—Su figura.—“Frascuero”.—El valor de Salvador Sánchez. Una corrida sensacional.— Incidentes.— Granada.— Muerte tranquila de Rafael el Grande.

Es posible que sea *Lagartijo* el hombre más elegante de toda la historia de España, exceptuando á algún aventurero de Flandes.

Anda rodando por ahí una acuarela que no es la del ilustre Pradilla, y que representa á uno de aquellos segundones de las grandes familias de la Mancha que iban á Flandes y á Méjico á la conquista de títulos y fortunas. Es después de la conquista de Breda. Con el chambergó destrozado, la capa en jirones, ar-

diendo los ojos todavía sobre los arcos de las ojeras profundas; desdoblando la espada, tendiéndola ante los ojos para contemplar el ánima recta, se yergue el aventurero sobre un montecillo, teniendo al frente y lejos, como una nube, la ciudad de Breda.

En la figura de ese conquistador, valiente y pródigo sin duda, se halla toda la historia española. Soñador y penden-ciero; jugador, colérico y sentimental; religioso en el fondo y descreído en todas las manifestaciones de su vida; brutal como un héroe, pero buen chico, á quien era fácil tocarle el corazón con una frase de teatro. La cintura quebrada hacia atrás, las piernas abiertas, los ojos entornados á lo valiente, enmarañada la melena, contemplando, como á un hijo guapo y travieso, el acero vencedor y deslumbrante de su espada.

Ahí, en esa figura simpática de des-preocupación y bravura; está el aborigen del torero; del lidiador de á pie hablo

de ese nervudo muñeco de colores que, ante un toro, tiende el capote como una bandera, echa la fiera á su espalda, y se duerme un momento de puro bravo, en la cuna.

Lagartijo era un romano del principio de la decadencia. Rostro digno de una medalla. Hubiera sido un emperador de Roma, á cuya sombra hubieran cometido los generales grandes hechos ó memorables tropelías. Cabeza en bronce, de museo, con una cartela en la peana, en que se leyera: "Busto varonil de vencedor en los juegos circenses".

Hay quien habla del príncipe de Sagan, de Eduardo VII, de Le Bargi, ó de cualquier duque español famoso, como los caballeros anteriores, por su elegancia.

No. No es eso. Sin molestia para nadie, yo aseguro que he visto á Eduardo VII ganándose la vida como revendedor de *tacas* en el teatro de la Zarzuela; y al pagarle catorce reales por lo que

valía una peseta, á mí no me dejó espantado, ni mucho menos, la elegancia de su vientre ni de sus piernas cortas, ni me hizo babear de gusto la simpatía bonachona de su cara de pandero. Aquel caballero era una tinaja, un melón con patas. De toda su figura se desprendía un perfume de espiritualidad como el de *La Chana*, por ejemplo. Era un buitre. ¡Qué elegancia ni qué rayos iba á tener un hombre más ancho que alto, con una pinta de carpintero de armar que no tenía preciol!

El príncipe de Sagan, con su aspecto imponente de maricón, puede que pusiera el mingo por elegante en una misa negra.

Y en cuanto á estos elegantes actuales que se visten en París y Londres, hay que convencerlos de que no basta recortarse la americana como para tomar bien el fresco y dejarse caer por fuera las medias aunque se le llamen *botines*, y afilar-se los hombros hasta parecer una flauta.

La figura estrecha y cilíndrica; los pies enormes: el más elegante de estos caballeros parece una llave.

La armonía, la proporción, la gallardía absolutamente natural en los movimientos: esta es la elegancia de los griegos y romanos, y esta fué la elegancia innata de *Lagartijo* el grande ó el viejo.

Hay figuras que piden á gritos una estatua en mármol, Rusiñol, por ejemplo; y hay caras que están reclamando una estatua en queso.

Los hombros romanos de Rafael Molina echaban de menos las vestiduras de Julio César.

Frascuero era, física y moralmente, el antípoda del gran lidiador de Córdoba. Pequeño, negro, feo. Las venas, abultadas y retorcidas como sarmientos. El latido de las venas del cuello pregonando que aquel hombre podría tener arrebatos coléricos de locura. Zampo de la pierna derecha. Resistente, incansable. Cabellos en caracoles. Cejas espesas que

cobijaban los ojos de lobo. Era una fiera. Su vergüenza profesional y su amor al peligro hicieron de *Frascuero* el lidiador que hazañas más valerosas realizó en la arena. El compañerismo legendario de *Frascuero* no ha tenido par—con tanta constancia repetido—en ninguna época del toreo.

Muchas veces, por salvar á un compañero, hizo la suerte más difícil de la lidia, dice Peña y Goñi: el quite aguantando por dentro.

No es extraño que entre *Lagartijo* y *Frascuero*, los dos seres más distintos que pudieron encontrarse en lucha abierta, se desataran las tempestades del público. En ninguna competencia taurina hubo jamás dos toreros de los cuales se pudiera decir: *Frascuero* y *Lagartijo* son los hombres más diametralmente contrarios del planeta.

La lucha de los partidarios fué feroz, encarnizada. La historia actual de España se resiente de ello.

Benot iba cegándose poco á poco. Pi y Margall, sereno y noble como el mármol helénico, veía cómo iba formándose la pérdida de las colonias.



He aquí algunos hechos curiosos de la corrida celebrada en Madrid el 19 de Septiembre de 1869, en la que se encontraron por primera vez *Lagartijo* y *Frascuero*.

El primer toro, al salir de la primera vara, se enredó un cuerno en la brida del caballo moribundo; *Frascuero* tiró el capote, avanzó despacio; poniendo *las dos manos* sobre el cuerno, deshizo el enredo; inclinándose muy fino ante el toro, le dijo al oído:

—Vaya usted con Dios, buen mozo.

Como si esto no fuera una brutalidad de las gordas, *Frascuero* hizo lo siguiente en un par de banderillas en silla:

Repantigado como un canónigo, citó al *presbítero*. Se arrancó éste de largo, y

asombrado quizá de que el *toreador* no se moviese, se paró ante él á menos de dos metros.

Bajó el hocico. *Frascuero* hizo ademán de levantarse. El toro volvió á quedarse quieto. *Frascuero* tornó á sentarse.

Por un impulso completamente animal, el matador se levantó. En aquel instante se arrancó el toro y deshizo entre los cuernos la silla del banderillero.

Lagartijo quebró un par sobre el pañuelo en las mismísimas péndolas.

Y aquí entra lo sensacional de esta corrida. Al primer bicho *Lagartijo* lo citó para recibir. Esta es la primera vez que el Califa intentó tan seriamente la suerte suprema en la primera plaza de España.

Al tercer toro también lo banderillearon los matadores. Era un bicho con la intención del canciller de Bismark.

Frascuero se dejó caer en la cuna, quebró, y dejó las dos velas en lo alto.

Lagartijo, el hombre más elegante de

su nación y de su tiempo, dió un quiebro á cuerpo limpio, en el que materialmente se meció en la cuna: á la salida echó mano al morrillo y tiró al aire la divisa, blanca como una paloma con las alas abiertas.

Las estatuas inmortales de la antigüedad griega, famosas, por ejemplo, por el plegado supremo de sus paños, no son más elegantes que *Lagartijo* estatuario dando una de sus *largas* únicas.

Lagartijo y *Frascuero* llenan una gran época de la historia contemporánea de España, si es que no llenan todas las épocas. Las luchas de los partidarios, enconadas y feroces y traicioneras, en las que se llegaba á cualquier hora á las calumnias é injurias horrendas, fueron dignas de la epopeya. No tuvieron historiador, y es lástima. Las estudiarían los chicos en la escuela como las luchas de York y de Lancaster, ó el odio de güelfos y gibelinos.

Claro es que estas luchas toreras te-

nían una gracia española andaluza dentro de su ferocidad.

En la discusión, en la disputa más violenta y grosera, se repetían los *golpes* de gracia, que hacían tirarse de risa á los mismos enemigos.

En una corrida célebre que se dió en Granada—matadores, *Lagartijo* y *Frascuero*—se dió un *golpe* de estos que enseña sobre el particular más que cuarenta libros.

Lagartijo había estado monumental. *Frascuero*, imponente.

El *Negro*, en su primer toro, hizo brutalidades que levantaron á las gentes de sus asientos.

Hizo la faena de muleta toreando con la barriga y dejándose en las astas los alamares de la chaqueta. Armó el brazo. Toro y matador se dispararon á un tiempo.

¿La estocada había sido alta, baja, atravesada; aquello había sido volapié, arrancando, al encuentro?...

La discusión en los tendidos fué imponente.

En el momento más atronador parlamentario, un hombre voluminoso y congestionado reclamó un momento de calma:

—¿Me vais *ustés* á creer á mí si digo lo que he visto?

—A ver. Abra usted esa espuerta.

—Por la *salú* de mis hijos que no miento. El matador no ha hecho *na*. Lo del toro ha *sío* un suicidio.

«Lagartijo», muerto

En su casa de Córdoba estuvo expuesto el cadáver embalsamado tres días con tres noches. Se esperaba á Luis Mazzantini para que presidiera el duelo; se aguardaban también Comisiones de todos los puntos de España.

Víctor Hugo bajó el Arco de la Estrella.

Luis Mazzantini levantó el capote que cubría el rostro y contempló aquellas facciones tan romanas como las que admiró Marco Antonio al descubrir el cadáver de César.

Lagartijo tiene una importancia menos ruidosa, pero más profunda, de la que los hombres de estudio quieren concederle.

¿No es Inglaterra hoy la nación más grande, más fuerte y más liberal del mundo? Una manifestación viva de la Inglaterra de hoy es el *boxeo*. Un pueblo sin barbarie está amenazado de muerte. La Naturaleza necesita una válvula. La fiesta de los toros es la manifestación, con arte, de la barbarie latina.

El hombre que una vez por lo menos cada semestre no se siente completamente animal, es menos que un hombre.

La frase de Angel Ganivet es un poema: "Tengo ganas de hartarme de comer hierba."

El gran Pablo Krüger, el buen patriar-

ca trasvaalense á quien su pueblo le ha erigido una estatua en piedra con la chistera desfondada para que beban los pájaros, decía:

—Me da pena matar á tiros y á distancia á búfalos y panteras... Unos animales tan buenos y tan guapos...

Joaquín Costa, podrido de estudio y talento; Alejandro Sawa, podrido de civilización, tenían aquel gesto famoso reclamando un rato de barbarie de otros tiempos.

Hay un momento de la fiesta de los toros al que nadie puede negarle gracia y belleza: el arte del banderillero.



El "Guerra"



Córdoba. — El “Bebe”. — A propósito de Belmonte y el “Espartero”. — Silueta del rey del volapié, Luis Mazzantini.

Mayo del 62. Nació en Córdoba Rafael Guerra. Señalo la particularidad de que fué *Pepete* padrino de pila, porque el mismo día del bautizo firmó aquel diestro su contrato para el 20 de Marzo, tarde en la que un toro de Miura había de partirle el corazón en la arena del circo madrileño.

Muy niño aún, se vió en él al predestinado del arte. Y es curioso saber que el *Guerra* adolescente, siendo banderillero no más, hizo que llovieran los contratos sobre su matador Fernando Gómez. Todas las plazas de España deseaban admirar el arte de banderillero de aquel mu-

chacho de Córdoba. Rafael Guerra tenía ya más cartel que *Lagartijo* y *Frascuero*.

Pasó á la cuadrilla de Rafael el grande.

Lagartijo y *Frascuero* habian envejecido.

El público se enloqueció con el *Guerra*. Buscando en el horizonte un astro naciente que pudiera dar lugar á una competencia, el público opuso al banderillero de *Lagartijo*, Rafael Guerra, el banderillero de *Frascuero*, el *Bebe*.

Desde el nacimiento hasta este instante, y desde aquí hasta siempre, la carrera triunfal de Rafael Guerra no se interrumpió un momento.

Aquel conato de competencia que el público quiso encender entre los dos banderilleros cordobeses, terminó trágicamente. En Cartagena sufrió el *Bebe* una cogida. La cornada fué fatal, y el *Bebe* perdió una pierna.

Es triste ver á un luchador de veinte años caer lisiado para siempre.

El día 11 de Noviembre del 88 se veri-

ficó en Madrid la corrida á beneficio del *Bebe*, *Lagartijo*, *Frascuero* y el *Guerra*, se jugaron la vida aquella tarde para asegurar la existencia de aquel pobre niño banderillero.

Los dos viejos leones y el cachorro trazaron una página histórica de tanta belleza trágica como el relato de los últimos días del solitario de Yuste, de la noche de Inspruk ó de la retirada de Rusia.

Esta es la grandeza histórica de la fiesta de los toros. Esos hombres que se juegan la vida para asegurar la de los suyos, y que en la arena pelean cara á cara con la muerte para defenderse unos á otros merecen mi más profunda consideración: me inspiran más respeto que Napoleón Bonaparte ó cualquier otro genio de la conquista.

Lo único triste del torero es su incultura y la barbarie del público que los jalea: esto empuja á unos y otros á extremos repugnantes de egolatría é idola-

tria, odios salvajes y sentimentalismos.

La fiesta de los toros, serenamente, debe enorgullecer á una nación.

El rey del volapié, Luis Mazzantini, es el tipo representativo del torero moderno. El hombre inteligente, culto, elegante, hercúleo y heroico, que se gana la vida á la moderna: lo mismo que el aviador, el boxeador, el ingeniero, el cirujano. Mazzantini fué el tipo cosmopolita del luchador moderno. El estoqueador formidable de reses bravas que, en la misma tarde que oficia, se viste de frac impecablemente, visita á Shara Bernhard, asiste á la ópera y se entera del movimiento artístico, literario, científico, deportivo, universales. Es el tipo de Vilburt Vrittge, que discutiendo con un boxeador, en Reno, un golpe de pugilato, le dice:

—¿Quiere usted que lo ensayemos?

—Como usted quiera.

Caen en guardia, se *zumban*, y al despedirse, le pregunta el profesional:

—¿Cómo se llama usted, maestro?

—Vilburt Vrittge, el aviador.

Es decir, el hombre moderno.

He aquí el tipo del doctor Doyen, que se bate en duelo con un capitán de coraceros, y lo hiere.

El hombre moderno es así. Pero nadie olvide que para no ser un profesional de la bravura, es decir, un asesino, es necesario ganarse la vida de un modo independiente de matar hombres.

Médico, aviador, ingeniero, torero... pero nunca un valiente de chirlata que pretenda disimularlo como ciertos barateros de la política ó la literatura: en el periodismo no medran; lector, haz esta justicia.

El valor es absolutamente necesario en la vida moderna. El tipo de hombre que no se asusta se cotiza, porque la lucha por la vida es cada día más encarnizada. Este es el secreto del entusiasmo alarmante de la masa española por Belmonte en estos momentos. Claro es que

el astro naciente de Triana se presta á ser juguete de los entusiasmos del público. Si no refrena á tiempo, el público lo matará como mató al *Espartero*.

Pero en esta clase de temperamentos el ceder á la ovación es la fuerza. Se necesita para no ser juguete de un público de toros dos cosas: ó tener un miedo que prive del amor propio temporalmente, ó hallarse en posesión de la sabiduría y el equilibrio de Rafael Guerra.

Esto último es lo que el público no perdonó jamás al coloso de Córdoba.

En el capote y la muleta del Guerra no mandó jamás la pasión de una asamblea: mandó siempre el Guerra.

El Espartero se jugaba el corazón, si se lo pedían.

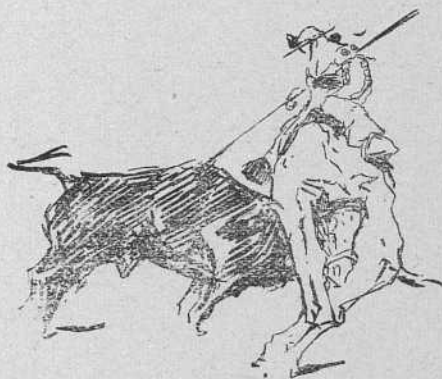
Sacad enseñanzas.

La multitud es un guía irracional, cruel y perversa.

*
**

A los dos días de haber concedido el público la oreja famosa al *Gallo*, Guerra, que se hallaba en Madrid, estaba parado á las once de la mañana en la esquina de Sevilla á Alcalá. La gente lo rodeaba, contemplándolo. Rafael, dirigiéndose al cónclave de admiradores, preguntó con absoluta naturalidad:

—Pero... ¿no habéis visto nunca un hombre?



**Belmonte y el "Espar-
tero".--Belmonte y Re-
verte.**



Aparte de algo trágico y triste que tenían en los ojos *Espartero* y Reverte y que tiene también Belmonte, se parecen estos tres diestros en otras dos circunstancias trágicas que si la casualidad no lo remedia, acabará también con el famoso lidiador de Triana como acabó con Manuel García é inutilizó á Reverte.

La sobra de corazón y la falta de facultades.

Espartero y Reverte, por exceso de bravura, se metían en un terreno mortal, del cual no podían salir por falta de facultades. Hay quien se libra del peligro de un salto, de un quiebro duro de cintura, de una parada en firme sobre la ballesta de los triceps femorales. Ni *Es-*

partero ni Reverte podían hacer esto. Su debilidad física se lo vedaba.

Espartero, aquel muchacho enclenque y pálido; Reverte, con su extraordinaria debilidad de piernas y brazos, tenían un toreo heroico, fundamentado en la falta de facultades y originado en la obsesión del peligro en ambos lidiadores.

Juan Belmonte es más débil todavía que el *Espartero*. También su temperamento es otro. Tiene de común este muchacho con su antepasado glorioso, el impulso trágico é inconsciente; pero lo diferencia una tranquilidad absurda, una falta de nervios que hacen de este fenómeno naciente, en muchos momentos de su toreo, un visionario.

Hay muchos momentos en que Belmonte torea para él solo.

Esto no existía en el *Espartero*, ó si existía no era ni mucho menos con importancia fundamental.

Manuel García era el bravo siempre, medio inconsciente, que desconoce el pe-

ligro. Bastaba el grito de un espectador, el alarde de un compañero, para que Manuel García sintiera hervir morbosamente su pobre sangre empobrecida y deseara ardientemente que lo sacaran de la plaza para depositarlo entre cuatro velas.

Dentro de la inconsciencia había algo que obedecía al pensamiento y que lo empujaba tan trágicamente.

Su frase famosa del *hambre y las cornadas* lo demuestra.

Reverte, por el contrario, era un tipo del romancero. Aquel hecho inicial de su vida torera nos da la clave de su bravura.

Niño aún, saltó un día las bardas de un corral, donde se hallaban encerrados dos novillos. Ante la estupefacción de otro niño, su compañero, que se quedó montado sobre la tapia, Antonio Reverte empezó á defenderse con su blusilla de las embestidas de una de las fieras. Dió diez, veinte, treinta recortes ceñidos capote al

brazo, hasta que el novillo, atontado, quedó inmóvil ante el chico.

Levantando la cabeza hacia el único espectador de la faena, preguntó Reverte:

—Oye, tú, ¿se *m'a mudao la coló*?

Este es el caso del héroe que se transfigura y siente la necesidad de preguntarle á los demás:

—¿Saben ustedes si yo he tenido miedo?

Belmonte es el visionario del toreo.

Hay algo sobrenatural en ese niño que, con una gran tristeza, se pega á los costillares y á los cuernos, torea sin mover los pies, sin sentir los nervios, á merced de su pobreza física y sin pensar en la muerte que le espera siempre al lado de su capote: voluptuosidad trágica de la cual están gozando en ese momento trece mil espectadores.

La sabiduría de los hombres respecto á los secretos de la muerte, ha avanzado mucho. Uno de los espiritistas más

distinguidos que yo trato es hojalatero; un visionario que habla magistralmente de las absurdas inquietudes de su espíritu, es mi zapatero de viejo. Hoy, en esto del mundo complicado de los misterios, no hay clases ni leyes. Las rabiosas inquietudes visionarias asaltan ya, casi en la misma forma, á todos los hombres. La enfermedad, como la muerte, es la terrible igualitaria. Son más hoy que nunca los hombres que sienten el temor á la oscuridad, y que no repelen la idea del suicidio contemplando, por ejemplo, el agua dormida de un estanque.

El secreto de Belmonte es esta curiosidad malsana. El secreto de la tragedia, de la tumba, es el que agrupa á un público absorto, cómplice de la maldad inconsciente, alrededor de un niño en cuyos ojos se lee una tristeza interesante y profunda: el presentimiento quizá de una muerte prematura. Esto es lo que cree todo el mundo. Hay en ello la belleza de los últimos días de Roma decadente.

Yo he visto los circos taurinos en los grandes días de *Machaco*, por ejemplo. Los alardes temerarios del cordobés enardecían á las gentes. Pero he observado que Belmonte no las enardece; las asusta.

La melancolía de ese niño enfermo tiene un prestigio poético para la muchedumbre. Luego esa temeridad impávida, propia de los predestinados, hace sentir un escalofrío misterioso.

Esa misma transfiguración del diestro ante la cara de las reses obliga á la multitud á someterse.

Ese mozuelo zampo, medio jorobado, con el mentón desarrollado á los Austrias y las pupilas apagadas, sin energía, clava los pies en la arena, tiende el capote, y se estira y dobla el torso y gira ante la fiera con más elegancia que los *Brummel* del toreo: Fuentes y Gaona.

Joselito, por ejemplo, entusiasmo al pueblo; pero ese chico no tiene leyenda, ni su historia poesía. No luce el presti-

gio de lo trágico, ni hay en él un grano de locura.

Es un maestro. Sabe demasiado.

Y á los años que cuenta el joven lidiador de Sevilla, sienta muy bien un poco de irreflexión, de impulso trágico que haga enmudecer á la muchedumbre.

Claro es que en toda clase de luchas vence, al final, el más tranquilo, el hombre frío y calculador: la sabiduría. Pero, para cuatro días que vamos á vivir, es preferible apurar deprisa las emociones que dan fiebre, que no contemplar las escenas tranquilas.

Es más hermoso el mar en tempestad que el mar en calma. En las noches repugnantes de verano, es de un aburrimiento desesperante la eterna armonía de los astros. El trueno, distrae; el rayo, anima; el relámpago, aguantándolo con los ojos desmesuradamente abiertos, puede herir en mitad de la retina, dejando, como rastro, la ceguera.

Pero no hay en el mundo nada tan á

propósito para martirizar hasta la idiotez el temperamento de un hombre como el espectáculo de los amaneceres del trópico. Con todo esto quiero decir que soy rabiosamente belmontista.

Un poco tarde — con un retraso de veinte años — admiro al *Espartero* y á *Reverte*. Pero la leyenda de aquellos dos bravos no acaba de arrastrarme. Belmonte me hace sentir, serenamente, el escalofrío trágico.

Y esto yo no lo siento con ningún torero. Como ustedes comprenderán, la tragedia para mí no consiste en ver matar á un hombre. Eso, al fin, tiene muy poca importancia: todo se reduce á un sobresalto. La emoción, en los toros, de un hombre equilibrado, proviene de sentir las alas de la muerte, que ronda como un buitre, pero que no halla el momento de abatirse sobre la carroña.

Belmonte, que con sus verónicas asusta, espanta, llega á dar la impresión de que nunca morirá en las astas.

Machaco es un león, ¿no es verdad? Yo así lo creo. Sin embargo, á mí me ha dado pena muchas veces ese hombre, empujado, sacudido, azotado y medio desnudo por un toro.

La bravura serena, el estoicismo, ese gesto de predestinado de Belmonte, no lo tiene ni ha tenido nadie en el toreo. Ese gesto se apuntó en el *Espartero*, pero con más caracteres de rictus que de sonrisa. Y ese estoicismo tuvo también su representación en *Reverte*.

Pero en ninguno de aquellos dos lidiadores fomosos hubo la tranquilidad espartana del fenómeno actual.

Soy un admirador de Juan Belmonte, que cree, sin embargo, en su rápida desaparición.

En todas las profesiones, los hombres que surgen como surtidores naturales, se apagan. No hay naturaleza de resistencia. Es un toreo heroico que no puede durar. Tiene un enemigo implacable, que es el tiempo; otro enemigo feroz, que es

el propio agotamiento. Sin contar con el mayor enemigo de todos: el toro.

Belmonte puede hacer mucho dinero. No creo que sea el torero del porvenir. Pero sí el torero de la actualidad. Ante él se siente la emoción constante y mansa de las salas de mármol de un depósito de cadáveres. Cada espectador consciente siente ganas de recogerse en sí, siente el silencio, como si estuviera solo en una gran sala velando á un muerto.

El espectador que haya asistido, sin auxiliares, á la agonía de su padre y lo haya amortajado, si ha pasado la noche solo y en silencio, bajo el oro de los cirios, al pie del cadáver, pasó una noche al lado del misterio. Ese espectador, que se diga á sí mismo si no es la segunda vez que siente ese silencio incomprensible ante Belmonte. La leyenda de bravura y torería de este mozo tiene hasta el título soberbio: Juan Belmonte.

Ese nombre es de bandido español, de torero, de *cantaor*, de conquistador fla-

menco, de héroe de romances populares cantados en las plazuelas por los ciegos.

Y esto es lo que siente el público brutal y tempestuoso, y lo jalea.

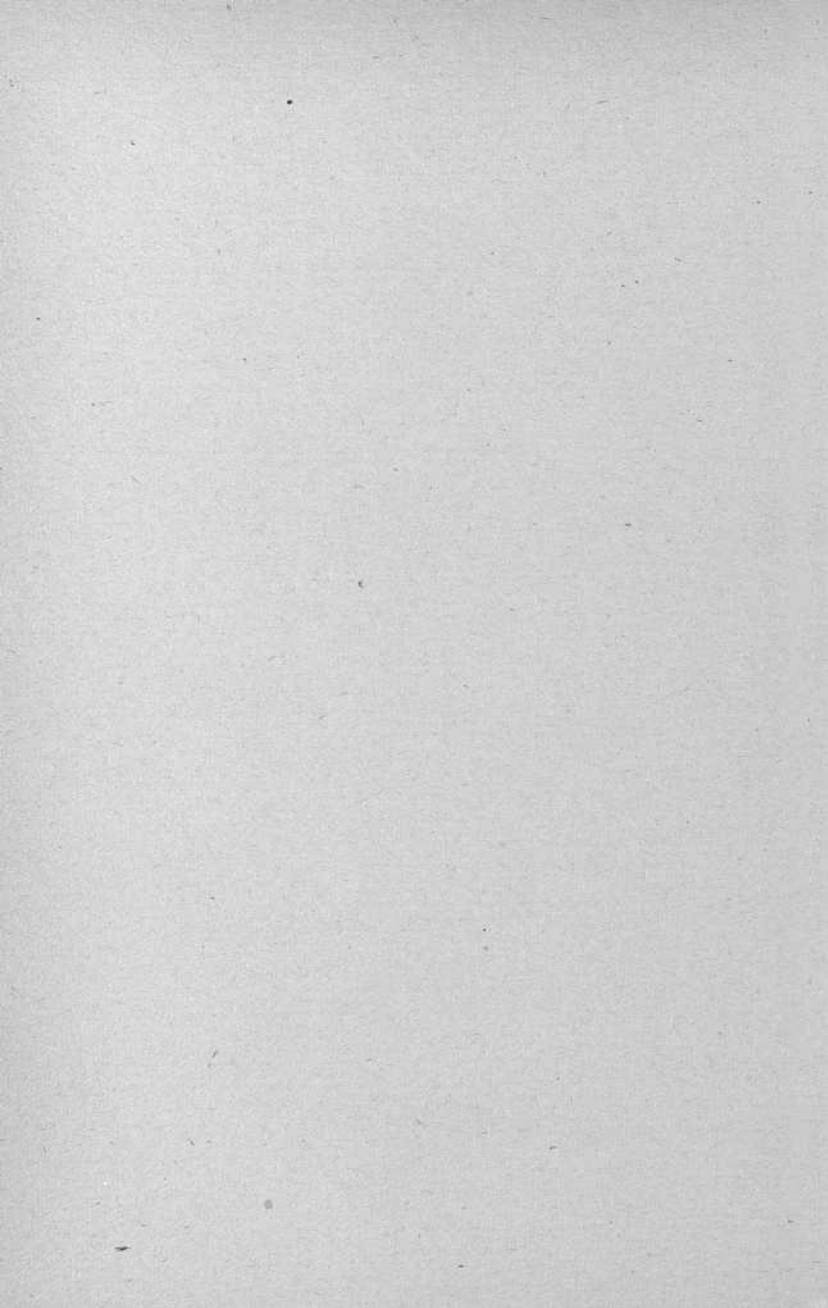
Torerito de Triana: sería curioso que, de repente, en mitad de una corrida, se le abriera el pecho de una puñalada al espectador más silencioso de tu arte y pudieras leer en su corazón el ansia de que ocurriera la tragedia.

Son tus enemigos los toros y las palmas.

Y ante mis dioses hago votos para que no te veamos nunca entre cuatro velas.



Epilogo.





Crónica escandalosa y pintoresca.

Eso de que Carolina Otero nació el mismo día que Emilio Castelar es una broma, sin duda. Carolina no tiene edad. Esta mujer, que carece de pasiones, á pesar de las pupilas africanas, se conserva hermosa, tersa, erguida y cimbreante como en la época lejana en que jugaba al escondite, allá en Galicia, con el bisabuelo del rey Wamba.

En las memorias del *Celita* que, según afirma Juan Pueyo van á salir á luz muy pronto y se van á agotar en las tierras toreras de Galicia, hay un capítulo interesantísimo, familiar, copiado del testamento de los antepasados del notable matador gallego. Uno de los Celas ilus-

tres de principios del siglo XVIII le deja dicho al *Celita* ilustre de hoy: "Andate con ojo, hijo mío; si algún día vas á París y ves á Carolina Otero, no la mires; te pierdes sin remedio. Tiene el secreto de la belleza y la juventud. Te enamorarás como un caballo, y no matarás más toros en tu vida: acuérdate de las muertes de toreros que están á cargo de los muslos homicidas de las bellas profesionales.

El genio no tiene años—según dijo un imbécil famoso.—La belleza no tiene edad tampoco.

La Otero, vieja ó joven, poco importa, es la belleza profesional de mayor prestigio del mundo.

El milagro genial de Sarah Bernard lo ha repetido, en la belleza física, Carolina Otero.

Se conserva esa mujer famosa con el brillo, la tersura, la alegría de una impúber.

Y esto, á pesar del *pulvis erit et pulvis reverterit, et navarrorreverterit...* y Go-

mis. Todo esto, como ustedes comprenderán, acaba con una persona en menos tiempo del que tarda un sacerdote en echar un polvo de rapé.

El caso es que yo quería conocer á la cortesana famosa. Me enteré el día 6 de este mes de que se hallaba la bailarina célebre en el hotel de Roma. Y allá me fui decidido á pisarle la información al propio Cánovas Cervantes.



Desemboqué de Peligros, y antes de llegar á Roma—es decir, en Civita-Vecchia—me encontré al famoso periodista, director del *Cupón*, que á gritos estruendosos decía:

—Que venga un redactor con un notario. Quiero comprarle á esta mujer la exclusiva.

—La exclusiva ¿de qué?—me permití preguntarle.

—La exclusiva de... cualquier cosa. Lo importante es la exclusiva.

Como se me escapara una sonrisa, el periodista famoso, encarándose conmigo, me dió una rápida y luminosa lección. La siguiente:

—¿Usted ignora, señor, lo que es el periodismo moderno? En España fué necesario que apareciera yo para enseñárselo á todos. El periódico moderno, fíjese usted bien, es un conjunto de atiscolos absolutos ensamblados en el astraque general de gran pronóstico, con el cirniveripies á toda vela por el mar sin orillas de la civilización.

—¡Pón!

—¿Está claro?

—Como el agua. Ahora, con el permiso de usted, voy á subir á visitar á la Otero.

—De ningún modo. ¡Si le voy á comprar yo la exclusival...

Aparté á aquel hombre perturbado con aspecto de chimpancé, y subí á las habitaciones de la hermosa bailarina.

Abajo bramaba el hombre absurdo. La

escalera retemblaba al trémolo imponente del periodista innovador:

—¡En España nadie sabe lo que es el periodismo moderno! ¡Fué menester que apareciera yo, recién llegado á Pontejos con la cuba á cuestas, para que se abrieran horizontes nuevos al periodismo español! Figueroa, ¿quién era Figueroa, vamos á ver? Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron? ¿Dónde están? ¿Quién es Bonafoux, y Benavente, y el Greco, y Dios?...

Un turista inglés, imponente como Glathom, salió de sus habitaciones atraído por el estruendo. Contempló imperturbable al epiléptico. Sin pestañear, moviendo los labios imperceptiblemente, preguntó:

—¿Qué le pasa á este pedazo de animal?

—Es un inventor—le contestó un camarero.—Ha fundado una fábrica de banderillas al quiebro; hombre incansable, emprendedor, innovador sin segundo, está tratando de convertir las he-

rraduras viejas de los caballos en viseras de gorra; además, dice que se compromete á convertir de un estornudo un churro en un monaguillo.

—¡Oh!—dijo el inglés—es un hombre considerable. Quiero comprarlo. ¿Cuánto vale?

—No se vende, señor.

—¡Ah! ¿Entonces se caza? A ver, tráigame usted una cadena.

Costó trabajo convencer á Glastom de que aquello no se podía adquirir.

El inglés entonces pidió una silla y se acomodó á conciencia para no perder nada del espectáculo.

Carolina Otero, asomando su rostro de fama universal á la caja de la escalera, preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

Inclinándose ante la dama, contesté:

—Es el vencedor, ante la inmortalidad, de Villemessant. El Rodrigo de Vivar del periodismo; el Napoleón de la Imprenta.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama; Cánovas y Lope de Vega?

—No, señora, no. ¡Por Dios, que me compromete usted, caramba! Ese periodista famoso, se llama, fíjese usted, señora: *Ni lo uno ni lo otro*.

*
* *

Una de las cosas más entretenidas, es decirle á un charrán toda clase de barbaridades, justas, merecidas, evitando cuidadosamente toda intervención judicial, molesta siempre.

Y esta observación no la digo por nada: únicamente por pasar el rato, ¿estamos?

*
* *

Por ahí anda un mozo avisado y engréido, bestia como el que más, falto de pudor hasta el extremo de andar desnudo, protegido por *la hoja de parra*, con los ojos como dos huevos fritos, rubianco, con el vientre y el culo hinchados y fo-

fos como rellenos de materia, mirada de maricón, algo zampo de una de las patas de atrás y medio monstruoso, cargado de un hombro como un bufón...

Seijas, el bohemio inteligente y hambriento, del que dice Emilio Carrere que tiene un pájaro azul en el cerebro; Seijas, ese hombre puntiagudo y desacreditado, pero de un talento tan grande como su falta de impulso, dice que ese chico de la hoja de parra tiene "mirada de siempre novio". Es menester conocer al imbécil á quien me estoy refiriendo, para saborear la gracia, la finura de la frase del gran Seijas.

Así como el chico de *la hoja de parra* entra de cabeza en la categoría española de lo trágico-grotesco, Seijas pertenece á lo trágico-pintoresco.

Jugando al billar un día este hombre insigne, se le ocurrió lo siguiente: Tiró una carambola. Inconscientemente la picó. La bola, como es natural, en la mitad del camino hizo un extraño y salió

disparada en otra dirección. Seijas, dirigiéndose á un espectador, le dijo todo asombrado:

—¿Pero ha visto usted lo que ha hecho esa bola?...

Aparte de esto, Seijas no tendrá nunca qué comer.

En cambio el imbécil de la hoja de parra tiene lo suficiente para hincharse de avena todos los días.

—¡Ah, existencia arrastrada é injusta del burro de mi traperero; si hubieras fundado un periodicucho sicalíptico en Madrid, podrias ir al cine todas las noches y hasta ser homenajeadó por la publicación de un mal folleto en el cual lo bueno está á cargo del dibujante y de las tijeras del escribidor!

*
**

Muy niño yo, en el Instituto de Lugo tuve un profesor de Historia de España, hombre de carácter y entendimiento extraordinario, muy original, llamado don Ignacio Lafarga y Gros.

Este hombre, que murió más tarde en Jaén, me dijo un día, siendo yo un hombre, ante la mesa de una cervecería desaparecida de la Carrera de San Jerónimo:

—Mira, chico: una de las justicias más grandes es la venganza. Cuando un charrán cruza su mala sangre en tu camino para mancharte los pies, no lo olvides jamás. Piensa qué motivos le diste para que te haga un mal. Si tu conciencia está limpia, ten á aquel mozo siempre presente en tus oraciones; deséale la muerte y búscalas si es preciso. No hay goce mayor que pagar con largueza el mal que te han hecho. Yo, casi puedo jurar que no se me ha ido ningún charrán al otro mundo sin darle lo suyo. También juro que soy agradecido.

Así me dijo don Ignacio. El espectáculo de estos hombres es interesante y confortador.

Yo, en lo que me permiten mis fuerzas, sigo el consejo del maestro.

Amén.

Para molestar de verdad á un tío, hay que llevar á cabo el trabajo previo de estudiarlo. Y luego, con la justicia á la vista, no hay que hacer otra cosa sino cebarse en sus defectos. De este modo se consigue dar en el blanco, con lo cual la ofensa, certera, exacta, hace sangre siempre.

¡Y á vivir!

*
* *

Ahí va una anécdota que pinta el carácter extraordinario del doctor Doyen.

Un día se presentó un chileno multimillonario ante el formidable operador.

—Estoy desahuciado por las grandes eminencias médicas: condenado á muerte, señor. Vengo á que me coloque usted el diagnóstico final.

Doyen reconoció al chileno.

Le dijo:

—Yo me comprometo á operarlo á usted, con ochenta probabilidades contra cien para salvarlo.

Se procedió á la operación. Y se salvó el enfermo.

Pasaron tiempos y Doyen no presentaba la cuenta. El chileno un día visitó al doctor.

—Me marchó de París. Antes quiero pagarle á usted. ¿Cuánto le debo, doctor?

—La vida. Y esto, para un millonario, no tiene *factura*.

El chileno sacó su cartera y extendió un cheque: un millón de francos.

*
* *

El doctor Albarrán, el célebre cirujano, tenía una fama tal en todo el globo, que para dar idea de su celebridad basta con señalar una serie de itinerarios en unos viajes que se vió precisado á efectuar en la práctica de su profesión.

De París á Londres llamado con urgencia para operar á un Lord; de aquí á los Estados Unidos, rápidamente, á cortar con su bisturí el lazo corredizo con

que la muerte asfixiaba á un millonario; sin perder tiempo, á Berlín, donde lo esperaban las eminencias médicas para verle efectuar casi un milagro de la cirugía; á Madrid en seguida, á operar á la señora de un ilustre político español; y sin dormirse, á París nuevamente, donde sus manos de maravilla, sin temblar nunca, seguirían peleando á arma blanca con la muerte.

Como es lógico, en esos viajes triunfales el doctor Albarrán se cansaba de **ganar dinero.**

Dicen los que lo vieron, que la casa del famoso operador espantaba por la riqueza suntuosa, digna de un *radjah*.

En aquel marco de deslumbrante poderío asiático, encajaba muy bien la figura de purísimo abolengo cubano de Albarrán.

*
* *

Sería muy interesante la historia del periodismo español moderno. Habría en

ella capítulo tan pintoresco como el dedicado á aquel hombre de verdad que se llamó Augusto de Figueroa: á Fernanflor, el que fundó la crónica rápida actual; á Mariano Araus, que sin saber escribir, tenía un concepto amplísimo é inmejorable del periódico; á Andrés Solís... Eduardo Gasset, Santa Ana...

Manuel María Santa Ana, primer marqués de Santa Ana, nos ofrece uno de los ejemplos más emocionantes de abnegación por una idea, allá en los amañeceres de *La Correspondencia de España*, cuando el respetable periódico español era escrito por el fundador, y repartido por él y su mujer.

José del Perojo, fundador de *Nuevo Mundo*, nos proporciona un ejemplo formidable de talento, voluntad y equilibrio que debe ser aprovechado por los jóvenes de una nación pobre que necesita hombres como aquél que cayó muerto de espaldas en su escaño del Congreso.

Es posible que José del Perojo haya sido una de las enseñanzas más fuertes con que hubiera contado la juventud española.

He hablado solamente de grandes periodistas muertos.

Alguno de los ilustres periodistas que por fortuna viven, ¿por qué no se lanza á la tarea educadora de escribir la historia del periódico español moderno?

Si alguno se decide, que lo diga. De lo contrario, me decidiré yo á destrozar el tema.



Ramiro de Maeztu. Físicamente es el hermano pequeño de Chamberlain. La misma elegancia severa y natural; los mismos ojos serenos, un poco recogidos bajo los párpados levemente cerrados; una distinción suprema en las facciones; y una melancolía de hombre de estudio en el noble rostro británico.

Hay hombres en los cuales la cara no corresponde á los hechos.

Más claro. El autor de la *Figlia di Jorio* no tiene derecho á lucir una cabeza calva como una calabaza y una cara arrugada y marchita de empedernido jugador de tute.

El autor de *Los dioses tienen sed* no tiene más prestigios físicos que un jefe de remonta, un profesor de idiomas en una escuela de comercio, ó un incansable fabricante de unguento inútil en la trastienda de una botica. El inmenso Azorín tiene hombros, cuello y cara de criado. Manuel Bueno, ese coloso del pensamiento que, en estos mismos días está dando resplandores nuevos de su inteligencia en sus inquietantes y deslumbradores artículos "Del misterio", Manuel Bueno tiene el aspecto recortado de un teniente de húsares, ó de uno de esos tenores de zarzuela que, además, juegan á carambolas magistralmente...

La cara de Maeztu corresponde exactamente á la modalidad espiritual de su dueño. Esos ojos son de un hombre que

todo lo ve y todo lo comprende: que reflexiona sin descanso, que bucea, sin tomar aliento, hasta inmensas profundidades mentales...

Tiene además este hombre el secreto de los grandes maestros: la amenidad de lo profundo,

Ese sí que puede ser un oriente para la juventud de un pueblo.

*
* *

La más redonda definición del periodismo moderno se debe á Basilio Alvarez, el gran periodista español.

—El periódico, es un pandemonium de sacudidas—dijo.

Nadie ha llegado á más concisión ni á mayor claridad.

Eso es disparar con más seguridad que una escopeta.

¡Me cago en la puñeta con el cura!

FIN



Novísima fe de erratas.

Este libro está magistralmente impreso; no hay más que verlo.

Si alguna errata se hubiese deslizado en su composición, le quedo por ello muy agradecido al compañero cajista. Yo y el compañero Pontífice, sabemos que la errata presta á los libros un encanto desconocido é inesperado y constituye, casi siempre, un éxito para el autor.

El arzobispo de Lima, el capitán Sánchez, el apóstol San Liborio, Juan Pueyo y yo, unidos al caballo de Atila, de paso que saludamos á San Carajulián bendito, nos hacemos responsables de la errata más ligera de este tomo. Amén.



Indice

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA	5
CERTIFICADO DE GARANTÍA.....	7
<i>Luis Mazzantini.</i> —El rey del volapié.— Recuerdos de su vida.—Sus opiniones sobre los héroes actuales del toreo	9
<i>Los aventureros españoles.</i> —Los conquista- dores de Flandes y América.—Los ban- didos generosos.—Los toreros.....	33
<i>Los rapsodas.</i> — <i>La Prensa.</i> —De Espejo á Montilla.—Las hazañas de los toreros.— Los cronistas taurinos.....	47
Los espadas, banderilleros y peones del Arte, la Literatura y el periodismo es- pañoles contemporáneos.—La frase del «Espantero».—Los advenedizos.—Los maestros.....	55
<i>Las escuelas de la tauromaquia.</i> —Las es- cuelas de Ronda y Sevilla-Córdoba y Chiclana.—Una frase para el «Gallo» y Belmonte.—Napoleón.—Leonardo y By- ron.—Nerón y El Galileo.—Desde Pedro Romero al «Tato» y el «Gordito».....	67

	<u>Páginas.</u>
<i>Lagartijo y Frascuelo.</i> —Uno de los conquistadores de Breda.—«Lagartijo».—Su figura.—«Frascuelo».—El valor de Salvador Sánchez.—Una corrida sensacional.—Incidentes.—Granada.—Muerte tranquila de Rafael el Grande.....	75
<i>El Guerra</i>	91
Belmonte y el «Espartero».—Belmonte y Reverte.....	99
Epílogo.—Crónica escandalosa y pintoresca.....	115

Biblioteca

“España y América”

Al presente volumen de esta importantísima biblioteca, seguirán obras de las más interesantes personalidades españolas y americanas.

Se publicarán, preferentemente, libros de memorias. En preparación, confesiones de grandes toreros, cortesanas famosas, ilustres criminales, testas coronadas, actrices, obispos, bailarinas, ladrones... Todo lo que pueda sacudir emocionalmente á los lectores, irá apareciendo en los volúmenes sucesivos de la Biblioteca “España y América”.

Luis Bonafoux, Benavente, Ramiro y Gustavo de Maeztu, Bueno, Mazzantini, Francés, Ricardo Torres, Palomero, Alejandro Ber, la Otero, el Chato de Jaén y el Zurzum Corda.

El que quiera más, que lo pida. A ver si así leemos!



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

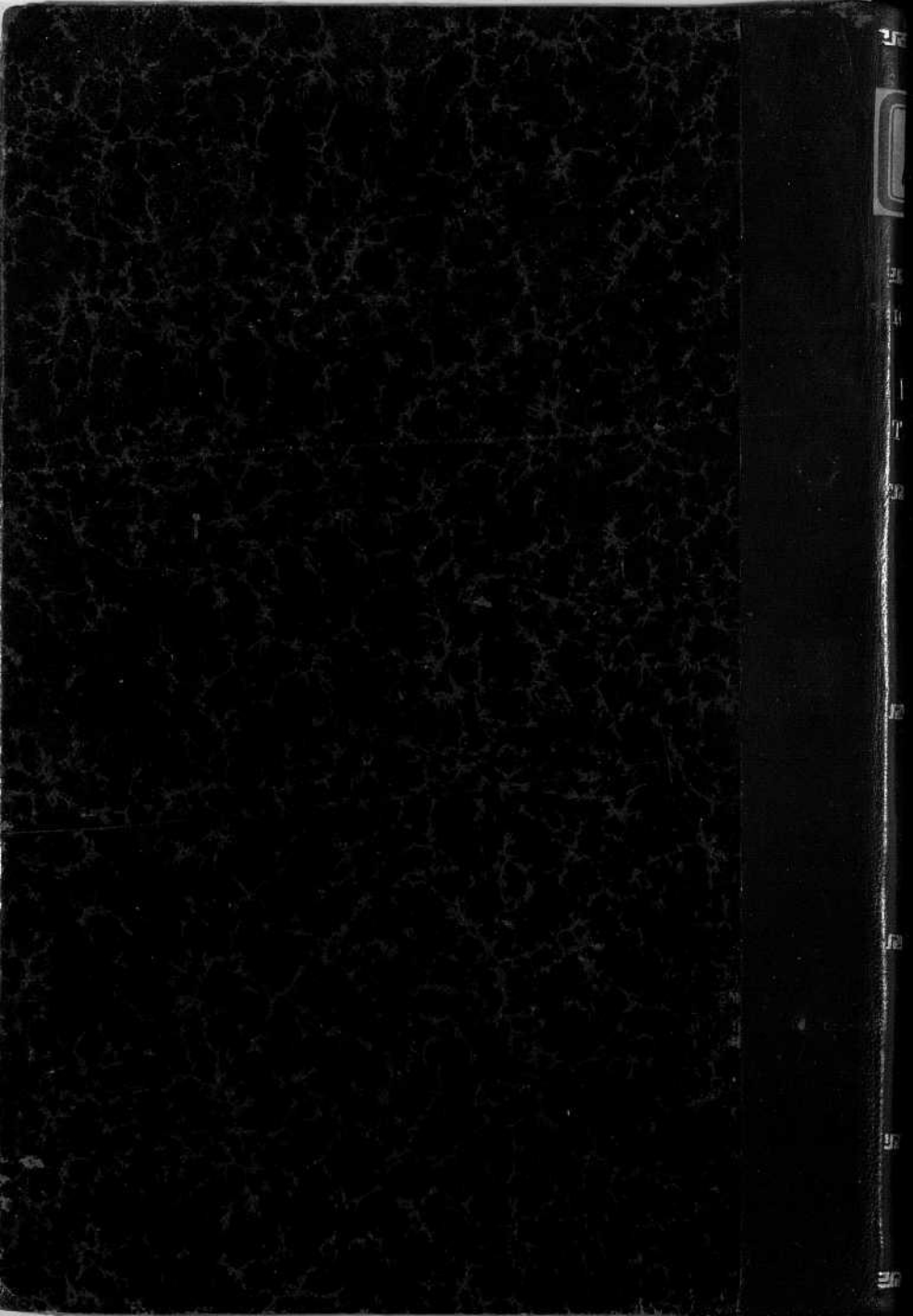
Pesetas.

Número.. 173 Precio de la obra..... ..

Estante.. 1 Precio de adquisición..... ..

Tabla... 4 Valoración actual..... ..

Número de tomos... ..



RESERVA

173.

RESERVA

IGLESIAS

LA ESPAÑA
TRAGICA

RESERVA

RESERVA

RESERVA

RESERVA

RESERVA